

# El amor, ley de la nueva alianza

Jueves Santo, La Cena del Señor  
12 de abril de 1979

Éxodo 12, 1-8.11-14  
1 Corintios 11, 23-26  
Juan 13, 1-15

Queridos hermanos:

Si quisieramos resumir el pensamiento de la palabra de Dios en esta tarde, yo diría esto: *El amor, ley de la nueva alianza*. La Semana Santa es la celebración de esa alianza nueva que Dios anunció por los profetas: “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo”. Y se entabla una relación de amor entre Dios y los hombres, que debía responder también a una relación de amor de los hombres a Dios y de los hombres entre sí, porque no vive la alianza nueva del amor el que no sabe amar.

Lv 26, 12

En las lecturas de hoy podíamos desglosar este pensamiento —*El amor, ley de la nueva alianza*— en estas tres ideas: la Pascua, fiesta de la alianza; segundo, el mandamiento de la nueva alianza; y en tercer lugar, la humildad y el servicio, los caminos del verdadero amor cristiano.

La Pascua, fiesta de la alianza

La Pascua aparece hoy como la fiesta de la alianza. La primera lectura nos remonta a la manera como se celebraba la Pascua, año con año, en Israel. Jesucristo, como buen israelita con sus apóstoles, va precisamente esta tarde a celebrar la Pascua. Era como la fiesta religioso-nacional de Israel.

Y en esa fiesta de Pascua, recordaban el paso de Dios con su misericordiosa liberación, porque fue la noche en que Dios pasó por el territorio de Egipto para liberar al pueblo de Israel, que se distinguía por los dinteles de sus puertas marcados con la sangre del cordero, mientras que todos los hogares de Egipto lloraban la muerte de sus primogénitos. Y cada año, entonces, como lo acabamos de escuchar, Dios lo había prescrito, había que celebrar ese paso del Señor —Pascua: el Señor pasa— como una fiesta de liberación, como una fiesta en que los judíos renovaban la ley, la alianza con Dios; la alianza que, junto al monte Sinaí, había hecho Dios con su pueblo y donde el pueblo le había respondido a Dios: “Haremos como Él dice”. Y se reunían, así como estamos nosotros esta noche, en una reunión de Pascua para comer el cordero pascual; y cuando los niños o los jóvenes pre-guntaban a los padres y a los abuelos: “¿Por qué nos reuni-mos?”, la historia se iba trasladando de generación, en genera-ción: “Éramos esclavos y Dios nos libró”.

Ex 12, 13  
Ex 12, 2  
Ex 19, 8  
Ex 12, 26-27  
Ex 20, 4-5

Y por eso es una fiesta de gratitud, una fiesta que tiene unas características propias de una alianza de amor, renuncia de ido-latrías, porque “Dios es un Dios celoso” —les decía Moisés— y no tolera la adoración de otros dioses; y este día reanudaban su fe en el único Dios. En la lectura de hoy, aparece la fiesta de Pascua como una fiesta en honor del Señor, el único Señor; no había más señores. Por eso, Dios castiga también a Egipto y a todos los idólatras, porque han despreciado al verdadero Dios y adoran las criaturas.

Es una celebración también de sacrificio, donde el cordero es el símbolo de una inocencia ofrecida al Creador en reparación de los pecados del pueblo.

Es una fiesta-comida, una cena, porque en torno de una me-sa de familia se vive la alianza del amor familiar. ¿Qué es el ma-trrimonio, qué es el amor de padres e hijos sino el reflejo de la alianza nueva de Dios con los hombres? Y en cada mesa donde una familia se reúne a comer, allí hay un reflejo del amor de Dios que comparte el pan, la vida con los hombres.

Es una fiesta de unidad nacional. Todos los hogares pensaban en el único Israel. Moisés, que había dado un sentido de nacio-nalidad a aquel pueblo peregrino del desierto, logró imprimir, en la Pascua de cada año, un sentido patriótico, de tal manera que la Pascua era la fiesta nacional de Israel, de una patria que reconocía

la soberanía de Dios y que, en Moisés o en los hombres que lo guiaban, no veía más que la mano de Dios que va con la historia del pueblo. ¡Qué hermoso sentido de la Pascua israelita!

Todo esto, toda esta carga de historia, de religión, de amor, de familia, de patria, de volver a Dios, obediencia al amor misericordioso que libera; todo esto cargaba el corazón de Cristo cuando en esta noche nos dice en su Evangelio: “Con gran deseo he deseado comer con ustedes esta Pascua”. Esta Pascua ya no es la judía. Aquella noche, Cristo recoge toda la profecía anunciada en la Pascua de Israel y le da el verdadero sentido, la realidad. La nueva alianza ya está aquí. Esta es la fiesta de la nueva alianza. Ya no es profecía, ya no es figura, ya no es un cordero, ya no es una peregrinación por el desierto, ya no es una liberación de la esclavitud de un pueblo, ya se trata de la verdadera liberación cristiana. Es ya la eucaristía.

Lc 22, 14

Y hemos escuchado hoy, en la segunda lectura y en el Evangelio, el sentido que, para nosotros cristianos, tiene la reunión de esta tarde. Es una reunión donde venimos a recoger la herencia preciosa, como San Pablo dirá: “Yo he recibido una tradición que procede del Señor y que, a mi vez, os he transmitido”. Nosotros en esta noche, queridos hermanos, aquí, en la catedral, somos como el eslabón de una cadena de veinte siglos. Nosotros hemos recibido una tradición: que en el pan se hace presente Cristo y que en el cáliz su sangre, que se derrama como alianza nueva, se nos da como rúbrica del amor, del sacrificio de Dios. Y esa tradición que recibimos, la transmitimos también a las generaciones posteriores. ¡Qué hermoso ver aquí niños!, niños que ya van entendiendo lo que sus padres les enseñan, lo que significa el Jueves Santo. Es el eslabón de la cadena que recibe toda una historia de la tradición para lanzarla, en los hijos, hacia el futuro. Es la fe de que Cristo está presente en esa eucaristía, cuya institución estamos celebrando en esta tarde.

1 Cor 11, 23

“Esta es la tradición que he recibido del Señor —dice Pablo todavía en el primer siglo del cristianismo—: que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: ‘Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Este es el cáliz de la nueva alianza’”. ¿Ven cómo es la celebración cristiana por antonomasia, nuestra Pascua? Pascua para los israelitas era el paso de Dios liberando a su pueblo. Para nosotros, cristianos, es el paso de Cristo, a

1 Cor 11, 23-25

través de una muerte dolorosa, hacia la resurrección gloriosa. Paso mucho más difícil que los cuarenta años del desierto y el paso a través del mar. Es el paso por el dolor, por el sufrimiento, por la pasión, por la cruz. Es el paso del Señor. La nueva alianza es celebrada en el altar de nuestra misa de catedral en esta tarde. Es el amor de Jesús.

Todo esto tiene un tono de amor tan profundo, que podíamos decir: en la hostia y en el cáliz de esta noche, como en el cáliz de todas las misas que se celebran, como que está borbotando la sangre viva que arrancó el amor al corazón de Cristo para darse por nosotros. Amor es entregarse. Amor es no reservarse nada para sí. Amor es darse por completo a la muerte si es necesario. Amar es quedar clavado en una cruz diciendo a sus mismos enemigos que los perdona. Amar es no saber odiar, es saber perdonar, es devolver sonrisas de bendiciones, como Cristo desde la cruz.

La Pascua cristiana es también comida. El cuerpo del Señor ya no es el cordero con lechugas amargas; es, en el pan ázimo, la presencia de Jesucristo que se inmola por nosotros, dándole gracias al Padre por todo lo que el Padre nos bendice y nos ama. ¿Quién puede agradecer mejor que Jesucristo, en nombre de todos nosotros, los beneficios que recibimos de Dios? Amor es gratitud y Cristo recoge todos los beneficios de la humanidad para decirle al Padre: "Muchas gracias porque bendices a mis hermanos los hombres". ¡Qué corazón más amplio el de Jesucristo! ¡Qué alianza nueva, la de la sangre derramada, para poder firmar con sangre de amor el pacto de amor que Dios ha hecho con la humanidad!

### El mandamiento de la nueva alianza

Por eso, queridos hermanos, mi segundo pensamiento en esta noche, tomado de las lecturas bíblicas, es este: el mandamiento de la nueva alianza es el amor.

Cuando el Concilio quiere definir cuáles son las características del pueblo nuevo de Dios, de este pueblo nuevo que ha nacido de la alianza nueva de Dios con los hombres, dice esta hermosa palabra: "Este pueblo nuevo tiene por cabeza a Cristo, que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación [...]. La condición de este pueblo nuevo es la dignidad

Lc 23, 34

1 Cor 11, 24a

LG 9

y la libertad de los hijos de Dios”. En ninguna parte se vive tan profundamente la dignidad humana y la libertad humana como en la alianza de amor de Dios con los hombres.

Nadie defiende tanto los derechos humanos como Dios pactando con los hombres. Por eso, el que quiera ser verdaderamente libre, el que quiera vivir verdaderamente la dignidad humana, tiene que ratificar en esta noche la alianza con el Señor. Nadie te puede hacer libre como Dios te hace libre. Nadie respecta tu libertad como Dios te la respeta. Y dice el Concilio: “Este pueblo nuevo tiene por ley el nuevo mandato de amor: amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros. Y en último lugar, este pueblo nuevo tiene, como fin, el dilatar más y más el reino de Dios”. Estos son nuestros compromisos. Pero el compromiso que une esta noche nuestros corazones es el mandato nuevo del amor. En este ambiente de la alianza nueva, Cristo nos ha dado la consigna: “Os doy un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros; que, como yo os he amado, así os améis también vosotros, los unos a los otros”.

LG 9

A la luz de esta palabra divina, yo quisiera que recogiéramos hoy todo el rico concepto del mensaje que los pastores reunidos en Puebla dirigieron a los pueblos de América Latina. En este mensaje dicen: “Os invitamos...”. Yo siento que aquí, mi palabra ya no es la pobre palabra de un solo obispo, ya es la palabra de todo el magisterio episcopal de América Latina, ahora avalado por la aprobación del Papa. Escuchen, pues, este llamamiento, no como la pobre voz que ahora los piratas del aire están robando a nuestra emisora, sino que es la voz de pastores esparcidos por todo el continente, del pastor supremo de la Iglesia. Si ahora nos están interfiriendo en nuestra radio, no es la voz del arzobispo de San Salvador a la que están ofendiendo, van a ofender al Papa mismo y la voz de todos los pastores de América, que dirigen a la diócesis de El Salvador, desde la catedral, este llamamiento: “Os invitamos a ser constructores abnegados de la ‘civilización del amor’, inspirada en la palabra, en la vida y en la donación plena de Cristo y basada en la justicia, en la verdad y en la libertad”<sup>1</sup>. ¡Qué palabra más bella!: “Os invitamos a cons-

Jn 13, 34

<sup>1</sup> *Mensaje a los pueblos de América Latina*, Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Puebla, 1979). Los textos entrecomillados de esta homilía, salvo cuando se indica lo contrario, son citas de este mensaje.

1 Jn 4, 8

truir la ‘civilización del amor’”. Esta es la civilización verdadera. Esta es la civilización de la alianza nueva. Esta es la que nos hace verdaderamente hombres, humanos, cristianos, hijos de Dios, porque “Dios es amor”; y la civilización que Dios quiere entre los hombres es la civilización del amor en la cual se involucra también la justicia, la verdad y la libertad.

Queremos estudiar con vosotros cuál es la estructura de esta civilización del amor. “El amor cristiano sobrepasa las categorías de todos los regímenes y sistemas”. La Iglesia, por eso, no se identifica con ningún sistema político. La Iglesia no se puede identificar con ninguna organización política. La Iglesia no puede ser un sistema, está por encima de todos los sistemas “porque trae consigo la fuerza insuperable del misterio pascual”, o sea, la muerte y la resurrección de Cristo. El mensaje de la Iglesia, la civilización que la Iglesia predica, “lleva el valor del sufrimiento de la cruz y las señales de victoria y de resurrección. El amor produce la felicidad de la comunión e inspira los criterios de la participación”.

Decíamos que esta civilización del amor no es un sentimentalismo, es la justicia y la verdad. “La justicia es un derecho sagrado de todos los hombres, conferido por el mismo Dios. Está insertada en la esencia misma del mensaje evangélico”. Una civilización del amor que no exigiera la justicia a los hombres no sería verdadera civilización, no marcaría las verdaderas relaciones de los hombres. Por eso, es una caricatura de amor cuando se quiere apañar con limosnas lo que ya se debe por justicia; apañar con apariencias de beneficencia cuando se está fallando en la justicia social. El verdadero amor comienza por exigir, entre las relaciones de los que se aman, lo justo. No basta; también exige la verdad. “La verdad, iluminada por la fe, es fuente de discernimiento para nuestra conducta ética”. Si no hay verdad en el amor, es hipocresía. Muchas veces se dicen palabras bonitas, se estrecha la mano y, quizás, hasta se da un beso, pero en el fondo no hay verdad. Por eso, una civilización donde se ha perdido la confianza de un hombre a otro hombre, donde hay tanta mentira, donde no hay verdad, no hay fundamento de amor. No puede haber amor donde hay mentira. Y falta en nuestro ambiente la verdad. Y cuando la verdad se dice, ofende y se callan las voces que dicen la verdad y estorba esa voz; y, por eso, se estorban también las ondas de una radio, cuando esa radio se ha

caracterizado por la verdad que se dice al pueblo. Gracias a Dios que, en este ambiente de mentira en que vivimos, la Iglesia ha podido conservar esa nota del amor: la verdad; y se le cree. ¡Hay credibilidad en la Iglesia! Yo quiero agradecer al pueblo este honor inmenso que hacen a nuestra Iglesia al predicar la civilización del amor. No tiene miedo de desenmascarar y denunciar las injusticias y los atropellos, por tener que decir siempre la justicia y la verdad.

“La civilización del amor repudia la violencia”. Jamás hemos predicado la violencia. En este Jueves Santo, cuando el Señor nos dice: “Amaos los unos a los otros”, está diciendo la filosofía de la verdadera Iglesia. Es el amor, no es la violencia la fuerza que va a componer al mundo. “Repudia la violencia, el egoísmo, el derroche, la explotación y los desatinos morales. A primera vista...”. Fíjense bien en esto; sobre todo, aquellos que ya no tienen fe en el amor; sobre todo, aquellos que tienen más confianza en la violencia, en la guerrilla, en la Fuerza Armada, en el secuestro, en el terrorismo: no está allí la salvación. “A primera vista, parece que, al hablar de civilización del amor, estamos diciendo una expresión sin la energía necesaria para enfrentar los graves problemas de nuestra época. Sin embargo, os aseguramos: no existe una palabra más fuerte que esta del amor en el diccionario cristiano. Se confunde con la propia fuerza de Cristo. Si no creemos en el amor, tampoco creemos en aquel que dijo: ‘Un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos a los otros’”.

Queridos hermanos, cuando la Iglesia predica la no violencia, no es por cobardía. Dijo el papa Pablo VI: “El cristiano sabe combatir, pero el cristiano sabe que la violencia no es el remedio eficaz”<sup>2</sup>; que la no violencia, la fuerza del amor, es la única que Cristo nos ha ofrecido y, aun teniendo capacidades de combatir, combatimos con la no violencia, con la fuerza del amor. “Amaos los unos a los otros” es algo más que conformarse, es algo más que tolerar las cosas con una pasividad de muertos. La Iglesia tampoco quiere esa pasividad; por eso, promueve y le dice al hombre su propia dignidad, el valor de la igualdad de todos los hombres, para que nadie se deje masificar, para que todos nos

Jn 13, 34

<sup>2</sup> Cf. Mensaje de Pablo VI para la Jornada Mundial de la Paz, el 1 de enero de 1968 (El Vaticano, 8 de diciembre de 1967).

personifiquemos, para que todos le demos la verdadera dignidad a nuestra personalidad humana; pero no para, con un orgullo, imponernos por la violencia y por la fuerza, sino para saberle dar a nuestra personalidad la característica propia del cristiano.

Cristo fue fuerte y combativo cuando, clavado en la cruz, decía al Padre: "Perdónalos, porque no saben lo que hacen". Es la fuerza del perdón. "La civilización del amor propone a todos la riqueza evangélica de la reconciliación nacional e internacional. No existe gesto más sublime que el perdón. Quien no sabe perdonar no será perdonado", dijo Jesucristo. Tienen aquí, también, cómo, en la fuerza evangélica del perdón y del amor, está también la potencialidad de nuestra misma salvación, la liberación misma de los hombres.

Y continúa el mensaje, pero no quiero cansarlos más. Lo que he dicho basta para comprender la estructura del mandato nuevo de Cristo en los labios de los pastores de América Latina. Se ha hecho un llamamiento que yo repito en esta noche: seamos constructores de la civilización del amor. Sepamos perdonarnos. La civilización del amor condena las divisiones absolutas, las radicalizaciones. Creo que este es el gran mal de nuestra sociedad. Nos hemos polarizado, nos hemos radicalizado en dos extremos. Y los que están en el extremo derecho miran que todo lo de la izquierda es vituperable, es comunismo, es terrorismo, y hay que acabar con ello, hay que reprimirlo. Y no es cierto, hermanos. Hay muchas voces de justicia, de reivindicaciones necesarias, urgentes, que hay que oírlas. No todo reclamo de justicia social es comunismo ni es terrorismo. Tengamos oídos con esta ética de discernimiento, del amor, para saber oír, en la voz del campesino que se muere de hambre, no un terrorista, sino un hermano que está necesitando la voz, la ayuda del que le puede dar.

Lo mismo, los grupos que se han alineado a la izquierda no miren hacia la derecha como si todo fuera reaccionario, como si todo fuera represión, como si todo fuera odioso. Miren, también allí hay distinción. Hay grupos que están buscando salida a esta situación, hay quienes quieren dialogar. Hay grupos en todos los sectores humanos de nuestra patria que quieren y buscan. Es la civilización del amor la que está clamando hasta de los extremos más opuestos.

Y en esta noche, en que Cristo nos invita, concretamente a los salvadoreños, tan problematizados, metidos como en un ca-

Lc 23, 34

Mt 6, 15

llejón sin salida, que lo hemos dicho tantas veces: hay salida de este callejón y la salida es el amor, es entendernos, es comprendernos. Hay fanáticos en uno y otro extremo, porque también en la derecha hay extremistas que claman violencia y que quisieran que el Gobierno no hiciera más que reprimir y golpear. En todas partes hay fanáticos y estos son los que nos hacen los grandes males. El fanatismo es un antagonismo del amor. El verdadero amor descubre hasta en el pecador, como Dios lo sabe hacer, lo bueno que hay, para salvarlo. Mientras no estemos en el infierno —primero Dios<sup>3</sup> que no estaremos nunca— siempre hay algo bueno, hasta en el corazón del más malo. Salvemos eso ‘algo bueno’, como Cristo desde su cruz ama y quiere salvar: “No he venido por los justos, sino por los pecadores”. “En esto conocemos el amor de Dios —dice el apóstol del amor—, en que, habiendo sido nosotros pecadores y antes de reconciliarnos con Él, Él no amó”. Cuando éramos sus enemigos, nos amó. ¡Quién nos diera este gesto de Dios para recibir, entonces, a este Dios tan bueno!

Hermanos, yo este día he experimentado lo que es la civilización del amor cuando nos sentamos en una mesa a dialogar, aun sin tener el mismo lenguaje, pero hay sentimientos de búsqueda, de soluciones. Hoy se encuentra entre nosotros un congresista de los Estados Unidos, el señor Tom Harpin, con el cual un grupo de católicos ha dialogado. Y él ha sido testigo de la repugnante acción de quienes nos han pirateado nuestras ondas para llevar el mensaje al pueblo, que esperaba con ansias; pero que las interferencias repugnantes no han sido capaces de dar razones para rebatir lo que no les gusta, sino que, como siempre, la represión. Han querido callar esta voz. Y Estados Unidos se ha dado cuenta, en uno de sus representantes, este gesto, junto con otras informaciones, se da cuenta de la grave situación de nuestro país; pero da también una palabra de esperanza, como cristiano. En este Jueves Santo, me ha parecido muy significativo un diálogo con varios hombres preocupados de esta situación. Y yo les digo, queridos hermanos, que esta construcción de la civilización del amor es muy posible si los hombres sabemos deponer actitudes agrias y nos sabemos sen-

Mc 2, 17  
1 Jn 4, 9-10

<sup>3</sup> La expresión *primero Dios* significa “Dios quiera”, “ojalá”.

tar, si es posible, con una sonrisa. Siempre el hombre es capaz de sonreír. Solo en el infierno no se sonríe ya. Quizás porque muchos llevan el infierno en su corazón, el odio, la violencia fanática. ¡Qué feos son los rostros de los que odian! ¡Qué hermoso es el rostro cuando sonríe y da una esperanza en el amor!

### Humildad y servicio, caminos del amor

Por eso, mi último pensamiento en esta tarde es este: la humildad y el sentido de servicio como caminos del amor. El gesto de Cristo, que en una forma voy a tratar de imitar yo al arrodillarme ante los que recuerdan a los apóstoles para que les laven los pies, es el gesto que nos invita a emprender el camino del amor. No se puede amar si no se es humilde. No se puede perdonar si no se tiene un sentido de servicio en el corazón. No se puede construir la civilización del amor sin bases de humildad y de servicio al hermano. Abrir el corazón al hermano: “Hermano, ¿qué te hace falta?, ¿en qué te puedo servir?”.

O como Cristo decía cuando se levantó de lavar los pies a los discípulos: “Os he dado ejemplo, ustedes me llaman ‘Maestro’ y ‘Señor’, y lo soy de verdad. Pues si yo soy su Maestro y su Señor, hagan lo que yo les he enseñado, lávense los pies unos a otros”. No en el sentido material, sino en el sentido “sirvan”; porque lavar los pies, en los tiempos de Jesús, era el oficio del esclavo. Cuando llegaba un huésped, un invitado, el esclavo tenía que lavarle los pies; era oficio de esclavos. Y Jesús nos enseña que nada es humillante cuando se ama. Pedro, que se escandaliza: —“¿Cómo tú, Señor, me vas a lavar los pies, siendo tú tan grande y yo tan chiquito?”. —“Déjate —le dice— porque, si no te lavo, no tendrás parte conmigo”. Entonces, Pedro comprende que ese gesto de humildad es una clave para entrar en comunión con Jesús. Hermanos, solo con esa clave de la humildad y del servicio podemos entrar en la civilización del amor. Odia el orgulloso, el avaro, el soberbio. Ama el humilde, el desprendido. Se puede tener y se puede ser feliz y se puede ser santo cuando en el corazón hay amor y hay humildad.

Ojalá que esta Semana Santa... Yo le he pedido mucho al Señor que esta pobre palabra que yo, interpretando la palabra de Dios, les iba a dirigir en esta tarde —y ojalá que a través de la radio, la dejen pasar, esta palabra—, yo le he pedido al Señor

Jn 13, 13-15

Jn 13, 6.8

que sea una palabra que no lleve la elocuencia ni la sabiduría de un hombre, que se pierda mi persona y mi acento y que llegue, al corazón de cada oyente, el acento tierno y dulce del mismo Jesús, que en esta noche se hace presente en esta asamblea. ¡A Él escuchemos! Si mi persona cae repugnante y, por eso, se quiere callar mi voz, no se fijen en mí, fíjense en aquel que les manda a decir: “Ámense unos a otros”. No es a mí a quien oyen, sino al Señor del amor, que nos quiere, precisamente, suyos por esta característica del amor.

Yo le pido al Señor que, en esta eucaristía en que estamos celebrando la ley de la nueva alianza, todos ratifiquemos la alianza con Dios y nuestro propósito de cumplir esa ley que marca a los verdaderos aliados con Dios. Solo el que ama vive la alianza con el Señor. El que no ama no se debe llamar cristiano. La alianza tiene una ley que Cristo la ha dictado en esta noche: “En esto conocerán que sois mis discípulos”. Ojalá, hermanos, que todos salgamos esta noche con esa marca del Señor, del amor, y sepamos perdonar y sepamos amarnos y sepamos celebrar, en este Jueves Santo, la gran reconciliación que necesita nuestra patria. Así sea\*.

Jn 13, 35